

dad que ello trae consigo, son las manifestaciones más obvias. Al norteamericano medio se le habría separado de la política a cambio de garantizarle cierta prosperidad económica. Pero, lógicamente, al entrar esta última en crisis, la interrogación política reaparecería. A nivel de las pequeñas organizaciones y a nivel del hombre medio; en el primer caso, multiplicando sus análisis de la realidad norteamericana; en el segundo, creando un desconcierto, que transforma la apatía en un creciente temor por la marcha del país.

Respondiendo a ese temor, sobre todo, se ha alzado la imagen de la próxima candidatura del Partido Demócrata. Carter y Mondale —este con más vigor— han venido a prometer "un gobierno más cerca del pueblo de Norteamérica"; "una transformación de las leyes fiscales para que los ricos paguen más y los pobres menos"; "unas escuelas públicas que sean tan buenas como las privadas"; "un progreso compatible con el progreso del Tercer Mundo"; "una aceptación de las minorías de los Estados Unidos en el aparato de gobierno"; "una justicia que no deje en libertad a los grandes delincuentes poderosos —clara alusión a Nixon que el público del Madison recibió con grandes aplausos— mientras encierra a los pequeños delincuentes sin fortuna"; "una política de empleo"; "una reducción de la CIA a sus fun-

ciones propias", etc. Es decir, una gestión que afronte los problemas internos de la sociedad norteamericana en lugar de poner el acento en los "compromisos internacionales", en la "lucha contra el comunismo", en la necesidad de tener "un ejército invencible", y otra serie de fórmulas que, con el pretexto de defenderlo, han acabado de envilecer el viejo "sueño americano".

Oyendo a Carter y a Mondale surgía de inmediato la pregunta de cómo, caso de llegar al poder, iban a poner en marcha su programa. En cuyo punto los dos fueron calculadoramente cautos. Los dos apelaron al sentido moral de un pueblo al que tantas veces se le ha enseñado las ventajas de no tenerlo. Carter, sobre todo, puso especial énfasis en decir que los cambios debían de producirse sin afectar en lo más mínimo el libre juego económico con que se define el Sistema. Formulación harto discutible, porque tanto el papel imperialista de los Estados Unidos como sus realidades interiores —desde la discriminación racial a la concentración monopolística— son una simple consecuencia de su sistema económico. Pensar que las consecuencias pueden cambiar sin cambiar las causas es probablemente utópico. Pero la vida americana ha llegado a ese punto; son muchos los que piensan, al mismo tiempo, que en su país las cosas van mal y que el sistema en que viven es in-

mejorable. Muchos los que se avergüenzan, pongamos por caso, de la intervención política y económica de los Estados Unidos en América Latina; pero, a la vez, están orgullosos de todo lo que esta explotación ha aportado al nivel de vida norteamericano.

Por eso, Carter ha de afrontar la contradicción con un criterio exclusivamente moral. Sabe que otra cosa le apartaría el número de votos que necesita. Habrá de ser la moral del "pueblo norteamericano" la que, a la vista de la crisis, decida cambiar las cosas. Pero ¿cómo van a cambiarla los débiles? Y ¿por qué van a cambiarla los fuertes?

Inútil añadir que el hombre medio ha recibido con alegría las palabras de Carter. El que tiene poco, porque espera tener más. El que tiene bastante, porque ha escuchado una apelación a su moral que no ofrece riesgos reales y le compensa momentáneamente de sus últimas humillaciones.

Distinta ha sido la reacción de los grandes capitales. La Bolsa bajó al día siguiente de la Convención Democrática. Y Reagan, con la lógica de quien sabe a la Norteamérica de hoy una expresión de su sistema económico, comentó que antes de juzgar el programa de Carter, quería saber "quién iba a pagarlo"; es decir, a costa de quién se iba a mejorar el destino de las clases populares.

La crítica de Reagan es cruel,

pero, al margen de todo lo que él presenta, exacta. Porque, por ejemplo, ¿cómo va Carter a cumplir su promesa de reducir la actual burocracia, siendo así que su programa social implica la intervención gubernamental en áreas sometidas hasta ahora al juego privado de los poderosos?

En la contradicción de Carter se expresa el conflicto de la Norteamérica de nuestros días. Domina en amplios sectores el sentimiento de que otra Norteamérica ha sido traicionada. Pero nadie sabe cómo encontrarla. Y se apela a la moral del pueblo de los Estados Unidos como si se tratara de un valor incontaminado, capaz de conducir hasta la América perdida sin cuestionar a fondo el sistema.

Muchos votarán a Carter hasta hacer de él, probablemente, el nuevo Presidente. Algunos lo harán porque es la menos mala de las alternativas. Otros, porque pensarán que es necesario transigir un poco para que nada sustancial cambie. Y otros, con la mejor buena fe, creyendo que la moral individual puede cambiar el mecanismo, la cultura de un sistema. Son los nuevos soñadores, los que sueñan con el sueño americano, los que están dispuestos a tolerar la explotación a condición de que el explotador tenga buenas intenciones y sólo acepte —sin alterar sus causas— los males sociales "inevitables". ■

JOSE MONLEON



El talento y la eficacia con que Carter ha manejado su carácter de político un tanto marginal corresponden a la situación histórica de los Estados Unidos.

¿Ante un nuevo aislacionismo?

NUEVA YORK.—Quizá un tiempo nuevo comenzó para la política norteamericana el pasado 4 de julio. Mientras el Independence Hall de Filadelfia relumbraba bajo los fuegos artificiales; mientras en el más perdido lugar alguien bailaba el último vino disfrazado de Uncle Sam; mientras la nación —"We, The People"— se sentía orgullosa de los éxitos de su automarketing democrático y cada marginado en su rincón era poco menos que un padre fundador viendo a "la Reina" —de Inglaterra, claro— por la NBC en color; mientras todo esto ocurría y la autocomplacencia del bicentenario llegaba al número 1 del "ranking" del chauvinismo, quizá se iniciara una nueva etapa o, al menos, comenzara a sentirse un voluntarismo de partir de cero, hacia un tercer siglo de independencia.

Pero, ¿existió alguna vez Nixon? Pero, ¿hubo una vez un asunto político en torno al edificio Watergate, junto al Potomac washingtoniano, casi justo donde el bicentenario ha traído como piezas de un museo smithsoniano a indios de las reservas para comercializar la barbacoa de carne de búfalo? Pero,

¿murieron alguna vez los G. I. en Indochina, fueron alguna vez soldados estos trabajadores que ahora han hecho un largo fin de semana para saludarse a sí mismos, We The People, ellos el pueblo, y el Senado, ellos la Verdad y el Bien, ellos la Perfección, ellos la Civilización, ellos el Bienestar, ellos el Progreso? Todo se ha olvidado bajo los fuegos artificiales del bicentenario. Como ya se ha apresurado a denunciar una cierta izquierda nacional, la retórica bicentennial es un telón de humo sobre los verdaderos problemas nacionales. Que siguen estando ahí, aunque ya nadie se acuerde del Watergate más que en las citas de los discursos de la Convención.

Con los últimos fétretos de cinc que vinieron del Vietnam llegó a los Estados Unidos la conciencia —transmitida desde los grupos de presión a los ciudadanos medios— de que el país tenía que poner en pie una nueva táctica para la estrategia imperial de su presencia salvadora en el mundo occidental. Ellos, el Pueblo y el Senado de los Estados Unidos de América, para seguir dominando el ajedrez político del mundo, no tenían ya que en-

USA

viar muchachos salidos del Gobierno, armados como de una cabeza de Minerva del siglo XX, los benefactores G. I. Hay una nueva táctica que hay que desarrollar, como es el dominio del mundo por los resortes económicos, por el control de las materias primas, de la calidad del medio ambiente, de los recursos energéticos, de los dispositivos de financiación. Para todo ello hay que tener antes limpia la casa. Y no puede estar limpia una casa donde existió el Watergate, donde se perdió la guerra del Vietnam, cosa que la retórica bicentennial se ha cuidado de hacer olvidar sistemáticamente, como ha obviado que la hegemonía de los WASP que hizo posible la existencia de la nación se asentó sobre masacres interiores, sobre la opresión racial, sobre la importación del lumpenproletariado italiano, polaco, latinoamericano, etcétera.

"Hemos cumplido doscientos años dominando el mundo y tenemos que cumplir los trescientos sin perder el dominio", parece que se están diciendo estos días los norteamericanos, satisfechos de que una filosofía de la prosperidad, el bienestar y la emulación haga pensar que, al menos a primera vista, el sistema capitalista funciona a la perfección al Norte de Río Bravo. Pero ahí está la crisis económica de una industria que ha perdido la ficticia activación de la guerra; ahí está el desempleo; ahí están los irredentos problemas de las minorías negra, hispana, chicana; ahí están el fracaso del Vietnam, la corrupción de la Administración republicana...

Y, de pronto, todos han mirado al Sur. Ya poca esperanza queda en California. Todos los estudiantes del 68 en Berkeley deben ahora andar de cuello blanco, consumiendo altas dosis de retórica bicentennial, y ya no libran más batalla que la anual contra el Income Tax. De una granja de Plains, en Georgia, ha surgido el mito. Un mito que se llama Jimmy Carter, que es una perfecta máquina de acuñar sonrisas y de estrechar manos, que tiene una familia que prospera unida, y que unida permanece en la creencia de la mitología del número 1 en el "ranking" de la civilización occidental.

Cuando a los americanos se les estaban apagando las luminarias del bicentenario, la Convención Demócrata les ha encendido los fuegos artificiales de la sonrisa de Jimmy Carter en mangas de camisa... de seda natural. Ahí tienen al hombre que les va a limpiar la casa, que les va a hacer olvidarse a todos para siempre del Vietnam, y del Watergate, y del desempleo. En el folklore de la Convención Demócrata el asno simbólico del partido



Jimmy Carter: una perfecta máquina de acuñar sonrisas y con una familia que prospera unida.

ha andado en estos días coceando contra estos tres grandes temas. Tres barreras derribadas. Quizá todos vuelvan a recobrar la confianza en sí mismos. En las presidenciales se podrá otra vez restablecer el equilibrio de la arquitectura constitucional, después que tuviera resquebrajada la dovela maestra al estar en la Casa Blanca un hombre que no había sido elegido por nadie un día de noviembre, el hombre que perdonó a Nixon. Como este nuevo aislacionismo americano es más que nada un voluntarismo —porque las multinacionales seguirán velando las armas de una es-

trategia imperialista aún después que el Congreso haya recortado el último presupuesto militar para el exterior—, nadie va a perdonar en noviembre al hombre que perdonó a Nixon. "We The People" estamos orgullosos de poder quitar a los Presidentes desde las páginas de los periódicos, en los umbrales del bicentenario.

En el Sur ha surgido un hombre que habla de unidad. Hasta los sindicatos han dado por terminada su hibernación política, y de los tiempos en que Meany jugaba al golf con el Presidente Nixon, la AFL-CIO ha pasado a anunciar en toda

regla su apoyo total a Carter. Con Carter están las espaldas mojadas de César Chaves, las "women libs" de Bella Abzug, el mítico poder negro de Martin Luther King Sr., los hispanos del Caucus Latino, hasta el "gay power". Los WASP, puestos a palparse la ropa para este nuevo aislacionismo en el que quieren tomar fuerza para llegar rearmados moralmente al tricentenario, se han dado cuenta de que los hispanoparlantes son el 10 por 100 de la población, que en el Senado no hay ni una sola mujer, que una ciudad como Washington es ya de mayoría negra. La máquina electoral que son los partidos en Estados Unidos se ha puesto en marcha programada exactamente a la medida de los tics del mercado, presumibles para ciento veinte días después del bicentenario y noventa y nueve años antes del tricentenario. Bicentennial y Carter son las dos palabras que más se escuchan, que más se dicen, que más se escriben, que más se leen en estos días en Estados Unidos. Quizá Jimmy Carter, el cololón impensado, a la medida exacta de la retórica programada por los tanques pensantes del nacionalismo para los actos del bicentenario.

■ ANTONIO BURGOS.

América amaya

ADIOS A LA "VIA PERUANA"

Los últimos movimientos políticos-militares del Perú confirman lo que se viene considerando en los últimos tiempos: la "vía peruana", el "modelo peruano" que desde 1968 venía fascinando a los latinoamericanos, ha terminado. La "vía peruana" suponía la posibilidad de que un Gobierno militar contuviese a la oligarquía, de carácter feudal, y se enfrentase con los Estados Unidos, sosteniendo y apoyando sindicatos y partidos políticos. Aquel movimiento de octubre fue considerado una revolución, subrayada por los consiguientes manifiestos. Su amplitud se manifestó con la apertura de relaciones diplomáticas con los países comunistas, la recepción a Fidel Castro —breve, simbólica— y las nacionalizaciones. En manifiestos y programas se determinó la modernización de las estructuras económicas, la reforma agraria, la socialización de los centros de producción y de la prensa...

Los "nuevos militares", como fueron llamados sus protagonistas, reunidos en torno a Velasco Alvarado, no han podido nunca llegar a los límites previstos. Y, poco a po-

co, han comenzado a recibir toda clase de presiones. El hundimiento de los intentos de reforma y de revolución en toda la zona americana y el establecimiento de regímenes fascistas o parafascistas ha ido cercando al Perú de enemigos. Argentina ha sido el más reciente, pero antes cayó Chile, y Bolivia, Uruguay, Paraguay. Y, siempre, Brasil...

El movimiento de retroceso se fue marcando poco a poco. Se fueron cambiando en los puestos decisivos los militares más progresistas por otros moderados. Los periódicos socializados fueron siendo confiados a los moderados también. Hace un año, en agosto de 1975, fue depuesto el general Velasco Alvarado como Presidente. Después fueron retirados —o incluso detenidos— los militares que habían tenido su confianza.

Ha caído ahora el general Jorge Fernández Maldonado, que era al mismo tiempo primer ministro, ministro de la Guerra y jefe de las fuerzas armadas. Ha pasado a la situación de retirado; según se dice, por petición propia. Estaba en el Gobierno desde la "revolución" de



Francisco Morales Bermúdez: una presidencia en peligro.

octubre de 1968, y ocupó entonces el trascendental puesto de ministro de Minas y Energía; es decir, el encargado de las nacionalizaciones de todas las riquezas del Perú. No se abstuvo nunca de condenar al "imperialismo" y al "neocolonialismo". Su nombramiento de primer ministro se hizo en agosto de 1975, tras la caída de Velasco Alvarado; fue un cierto disfraz del